

DETRÁS DE LA ESQUINA

por Joaquín Gracia Ruiz

Allí estaba, detrás de la esquina. De alguna forma había conseguido pasar a través de la puerta. Dos apéndices sensitivos se dirigieron hacia ella después de explorar durante interminables segundos la habitación. Lentamente, mediante articulados miembros, la criatura dirigió unos pasos hacia el rincón donde estaba agazapada. No parecía haber escondite posible.

Sus pupilas se dilataron cuando su mirada se clavó en aquel cuerpo oscuro. Los órganos vitales estaban recubiertos por una dura coraza de la que sobresalían unas repulsivas extremidades. Las afiladas mandíbulas, capaces de ejercer una fuerza muy superior a su peso, se advertían amenazadoras debajo de unos fríos y negros ojos.

Estaba paralizada. Sus piernas se negaban a responderle. Ni siquiera sus manos le permitían, temblorosas, coger algo con lo que defenderse. Se apretó todavía más si cabe contra las gélidas baldosas. Había escapado de aquel ser desde el baño, en una carrera loca por el pasillo que le había llevado hasta la cocina. No había servido de nada. Aquel engendro la había seguido hasta allí.

Se movía silenciosamente, sin apenas hacer ruido, como queriendo escuchar el miedo en el palpitar frenético de su corazón.

Sus labios estaban secos. No podía pedir ayuda: su aliento quedaba retenido en su garganta por la estremecedora garra de su propio pánico. Finalmente sus manos, aleteando por la encimera cercana, consiguieron asir algo. Lo agarró por el mango y lo empuñó con fuerza.

Casi inconscientemente, su cuerpo se tensó y adelantó un pie. La adrenalina palpitaba en sus sienas. Ese ser inmundado pronto se daría cuenta de que el terror se había tornado en ira y la huida en caza. En un par de saltos llegó hasta donde se encontraba y descargó toda su energía en un letal sartenazo. Pudo sentir como la estructura quitinosa cedía paulatinamente ante el ímpetu de su ataque y cómo la efímera vida se desvanecía en la nada.

Suspiró aliviada mientras miraba algo más serena los restos de su enemigo. Creyó distinguir un leve movimiento en uno de los ápices motores y preparó un nuevo golpe pero no era necesario, sólo era la corriente de aire del salón. Esa inmunda cucaracha no volvería a asustarla.